Jordi Gracia:
Miguel de Cervantes. La conquista de la ironía
Ed. Taurus, Barcelona, 2016
466 páginas, 23.90€ (e-book 13€)

Una bomba de calor irónica

Por ISABEL DE ARMAS

Al leer este libro, lo primero que se detecta es que el autor ha dado vueltas y revueltas, sin parar, a la vida y obra de Miguel de Cervantes, para ir descubriendo, paso a paso, lo que le parece que es el núcleo, el meollo, el centro, el motor y la pasión dominante de su personaje y su obra: la ironía; esa burla fina y disimulada; esa figura retórica que consiste en dar a entender lo contrario de lo que se dice; ese modo de expresarse en el que, mediante los más variados matices, se da a entender algo distinto de lo que a primera vista se expone. Pero, además de leer y releer todo lo que ha estado a su alcance acerca de Cervantes, ha debatido, charlado y discutido con un bien seleccionado grupo de expertos que saben casi todo acerca del *Quijote* y de su autor. «A veces sin despeinarse y a veces a gritos –dice Jordi Gracia al recordar sus acalorados encuentros–, han desechado pacientemente conjeturas, han desmentido hipótesis o han derribado de un soplo las fabulosas explicaciones que se me ocurrían». De Francisco Rico recuerda su paciencia y, a ratos, su «desolación desesperada y agónica»; de José-Carlos Mainer y Javier Cercas, su silencio curioso y expectante; de Domingo Ródenas, su meticulosa disuasión; de Andrés Trapiello, su complicidad escandalosa; de Gonzalo Pontón Gijón, su curiosidad razonante; de Alberto Blecua y Rafael M. Mérida, su bondadoso escepticismo; de Gaston Gilabert, su entusiasmo estimulante; de Cristóbal Fernández, su prudente conformidad irónica; de Joan Margarit, su estupor socarrón... Jordi Gracia

reconoce que de los cervantistas «ha usado y abusado sin tasa».

En el presente 2016, «Año Cervantes» que conmemora el cuarto centenario del fallecimiento del escritor, esta biografía aspira a acercarnos a su dimensión humana, intelectual y sentimental, a su condición de hombre de armas y hombre de letras, a su vitalidad arrebatada y al creador único, a su incondicional defensa de la mujer y a su afán por entender la existencia como nadie la había entendido hasta entonces: la encrucijada de la ironía. El autor sigue el recorrido de una biografía tradicional. Su personaje nació en septiembre de 1547 y el primer golpe de su vida ocurrió en 1552, cuando su madre, Leonor de Cortinas, espera el inminente nacimiento de su quinto hijo y, su padre, Rodrigo de Cervantes espera lo peor porque no ha sido capaz de devolver un préstamo ya vencido. Aquel 4 de julio, los alguaciles entran en su casa para llevárselo todo –«y todo es todo», puntualiza el autor de esta biografía–. En 1568, Madrid cuenta con un nuevo catedrático de Gramática, Juan López de Hoyos, y con él debió el joven Miguel de Cervantes empezar a leer e imitar modelos clásicos, que es como se aprendían las letras y la poesía, y allí pudo iniciarse en el oficio de leer y traducir del latín, a componer y remedar textos antiguos y modernos. Algunos años después, en la España de entonces, el prestigio de don Juan de Austria, hermano bastardo y reconocido por Felipe II, cuaja y crece, sobre todo entre los jóvenes fervorosos de la edad de Cervantes, que sueñan con ser o parecerse al joven héroe. En septiembre de 1569, Cervantes está a punto de salir huyendo de la justicia hacia Italia para no volver en mucho tiempo. Un mal día de aquel verano, mantuvo una pelea a espada con un maestro de obras llamado Segura y le causó serias heridas. Cuando un alguacil fue a prenderle, al comprobar que estaba ausente, le declaró «en rebeldía». Cuando regrese a España, ya con treinta y tantos años, Miguel de Cervantes «habrá de rehacer el hilo roto –escribe Gracia– de lo que fue su vida de escritor sin obra y cortesano sin corte». Alistado en los tercios, como tantos otros jóvenes de su generación, todos están dispuestos a servir a las órdenes del rey, pero sobre todo a las del héroe de Granada y «hermano natural» del rey, Juan de Austria. En 1571, tras participar en la batalla de Lepanto y sufrir heridas irreversibles en su brazo izquierdo, pudo vivir, pero no disfrutar, la victoria de la armada española sobre la turca. Cautivo en Argel, en 1577, recuerda en sus famosos escritos cómo han transcurrido estos últimos años de sufrimiento y decepción para muchos soldados de Lepanto. En sus valiosas crónicas, Cervantes se hace portavoz del desengaño, de la rabia y de la melancolía. Cuando consigue regresar a España, tras un intento de fuga frustrada, lo hace decepcionado y estropeado, pero de modo alguno claudicante y derrotado.

A su regreso, su madre nos recuerda que su hijo sigue siendo «mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, y quizá algo menos barbirrubio». En octubre de 1580, Cervantes se afana en demostrar «las cosas que ha hecho para conseguir su libertad y la de otros» con el objetivo último de que «su majestad le haga merced». La reanudación de su vida en libertad también supone la reanudación de la lectura y la escritura, «y la búsqueda de hilo y aguja –escribe Gracia– para volver a suturar la vida del presente con la vida del pasado», algo que, sin duda, con-

sigue, ya en algunos de los poemas de *La Galatea*. Pero el biógrafo apunta aquí que, el paso definitivo de su biografiado no llega con la experiencia vital del soldado y el cautivo «sino con la memoria vivida de la experiencia del soldado, el cautivo y la exclusión del tafetán dorado de la corte, cuando dentro de unos años, más allá de los cuarenta, patee caminos y encadene a caballo una venta con otra venta, una ruta con otra por Andalucía, y todavía de camino hacia su propia literatura».

El héroe sigue en pie en el horizonte literario de Cervantes, exaltado católico y heredero de las hazañas de otros caballeros que merecen su propio cuento y drama. Entre 1583 y 1586, el crédito que perseguía iba creciendo, pero los dineros, que también los buscaba, nunca fueron muchos, más bien todo lo contrario. Este literato que madura, como su biógrafo afirma, «aprende lento y se va quitando poco a poco jirones de sus hábitos de soldado contra el turco y el infiel». Los años no han hecho todavía de Cervantes el escritor que ve dos cosas a la vez y en ambas aprecia o rescata sus dosis de verdad y de belleza. «La conquista de la ironía –afirma Gracia– llega más tarde». De momento va aprendiendo que las razones para combatir la nueva realidad mundana, humilde, degradada y sin héroes ni horizontes míticos o legendarios pueden ser tan engañosas como las armas que usa don Quijote para derrotar a una realidad impertérrita: «irónica sin remedio ni lamento ni elegía depresiva», tal y como apunta el autor de este libro.

En 1587, Cervantes se separa de Catalina, su mujer, y se va a vivir a Sevilla, el nuevo poder del centro de operaciones comerciales y mercantiles más importante del sur de Europa. Allí vive la derrota de la Armada Invencible y sus consecuencias desoladoras. Entonces toma conciencia de que el empleo que tiene de comisario de abastos no es una merced, sino un vulgar oficio. Lo que él quiere y pide es un cargo relevante, y no una mera ocupación fatigosa, conflictiva y al cabo auxiliar. Intenta conseguir una de las plazas vacantes en las Indias, pero el empleo no llega. Además es acusado de distintos abusos muy frecuentes en su oficio; de requisar primero y revender después la rapiña para su propio provecho.

Y en su trabajo de contar y contar, contar arrobas y fanegas, contar vecinos y deudas, contar maravedíes y contar sacos, a Cervantes le asalta la vejez. Idealista atrapado en la corrosión rutinaria, le sorprenden los cincuenta años trabajando sin descanso, cada vez con más muertos en la memoria y cada vez más aislado entre los vivos. Y justo entonces le llega la madurez del escritor. Para Jordi Gracia es «como si el tono y el ánimo de Cervantes cobrasen latentemente la virtud de hacer luz y a la vez sombra, y todo a sus ojos se desdoblase e ironizase apaciblemente, empezando por sí mismo y la descomposición programada del inquietante católico y soldado y español y escritor de una sola pieza que ha sido». Se siente preparado para contar lo que ha visto y ha vivido, lo que ha ido cuajando en el ánimo poroso de un hombre que empieza a estar de retirada de todo, y ya casi solo tiene la imaginación como refugio de la lucidez, la piedad, el desengaño y el humor.

Todavía Cervantes va asumiendo algo de la burla y el sarcasmo de algunos otros autores contemporáneos. Los tiempos y los estilos están cambiando pero él, en el fondo, ya no cambia gregariamente con nadie ni va a bulto ni es uno más. Gracia nos dice que no acaba de sumarse a ese desprecio por el

amor bucólico y cortesano que constata en tantos ironistas y sarcásticos «porque tampoco deplora como mera mercancía averiada ese mundo ni lo tiene íntegramente por un trasto literario rancio y pasado de moda». Efectivamente, su personaje no desecha nada nunca ni abandona nunca nada: lo reaprovecha y resintoniza, lo ironiza y relativiza, «lo hace literatura renovada –escribe el autor– que se parece a muchas cosas y no se parece a nada a la vez, sobre todo en estos tiempos nuevos en que todo empieza a dejarle las manos libres para salir de los códigos únicos, de las prescripciones de género, de las modas cortesanas o de las jerarquías académicas».

Y así llega la hora de un cuento nuevo. Este nuevo cuento que ha empezado a escribir va todo él empapado de burla y buen humor ante la desencajada extravagancia de su personaje. Es un anciano de la edad del mismo Cervantes cuando la escribe –cincuenta años–, pero a esa edad le ha dado por vivir su vida real como la viven los personajes de ficción que le arrebatan y conmueven, esos caballeros andantes que pueblan los libros de aventuras persiguiendo el bien y las aventuras. Su personaje es un loco irremediable y, sin embargo, en su loco anida un aliento que lo redime o rescata de la mera locura, que lo aparta de ser solo una cabriola ambulante, anacrónica y enormemente chistosa. Pero «todavía no está la ironía en el corazón del personaje –puntualiza Gracia– ni ha descubierto Cervantes la novela que lleva dentro todas las demás». Esto va a ocurrir con la incorporación de Sancho; cuando su don Quijote va a ir acompañado en su siguiente salida de un escudero que, hasta entonces, ha sido solo un crédulo labrador confiado en la recompensa de una ínsula. Aquí empieza el Cervantes de la plenitud literaria y la conquista de sí mismo como escritor con campo abierto por delante. Para Gracia, su personaje «ve ya con otros ojos, ojos nuevos y abiertos como platos, la caja negra de su cuento». De pronto, don Quijote ya no vive todo el rato atrapado por la fantasía caballeresca, ni habla solo desde su código privativo y autista. Surge el primer atisbo de duplicidad, y la conquista de la ironía como núcleo estructural de la novela se ha puesto en marcha y ya no va a parar: esta invasiva duplicidad irónica contagia la novela entera. De Cervantes y de su obra hemos tenido oportunidad de saber mucho a través de abundantes, doctas y valiosas fuentes, pero de la ironía creciente en el transcurso de su vida y de su obra, tal vez sabíamos menos. El profesor Jordi Gracia se ha centrado en ello y, después de leer su brillante trabajo, estoy segura de que sabemos un poco más de esa creciente ironía de Cervantes, que en su madurez llega a convertirse en una auténtica «bomba de calor irónica», como el autor de este libro trata, con agudo ingenio, de demostrar.